

La iglesia como familia

Dr. Justo L. González



Puerto Rico
24 de febrero de 2007

La iglesia como familia

El tema que hemos de discutir hoy, la familia, siempre es de interés. Hay pocos temas que se discutan más en la iglesia y en la sociedad contemporáneas. En el campo de la política, tenemos ahora un gobierno en los Estados Unidos que llegó al poder, entre otros medios, proclamándose a sí mismo campeón de “los valores de la familia”. En la iglesia norteamericana, hace ya varias décadas que se intenta atraer a las gentes con el lema de “The family that prays together stays together” —La familia que ora unida permanece unida. Y en nuestras iglesias, aunque no usemos ese lema porque no suena tan bien en español como en inglés, sí es costumbre que las iglesias se anuncien diciendo que tienen “un buen programa para la familia”.—lo cual quiere decir por lo general que hay una buena Escuela Bíblica, que hay programas para niños de diversas edades, quizá que hay una patrulla de Boy Scouts, que hay una buena sociedad de jóvenes adultos, otra de damas, etc. Y cualquier pastor que se dedique al asesoramiento pastoral testificará que la mayoría de los casos con que tratan tienen que ver con asuntos familiares.

No es difícil explicar, al menos en primera instancia, a qué se debe todo esto. Por una parte, del lado positivo, para la mayoría de nosotros la palabra misma, “familia”, inspira en nosotros sentimientos de nostalgia, recuerdos de seres queridos que ya no están con nosotros, una niñez menos complicada que el tiempo presente, recuerdos de cuando sentíamos que podíamos depender de otras personas, etc. Por otra parte, del lado negativo, esos sentimientos van

acompañados de ansiedad y frustración. Sentimos y vemos que las familias se deshacen. Los matrimonios son cada vez menos estables. Los jóvenes menos obedientes. Los padres se desviven y trabajan de más para que sus hijos tengan de todo—menos tiempo con ellos. Y está entonces el tema de la violencia familiar—un tema que hasta hace poco fue tabú en buena parte de la sociedad y en muchas de nuestras iglesias, pero que surge ahora con toda su sórdida y espeluznante realidad, no sólo en la sociedad en general, sino también en la iglesia y hasta a veces en las familias pastorales. Nos parece que por todas partes la familia se deshace.

Quizá parte de nuestra ansiedad se deba a aquello de “como a nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue mejor”. Pero con todo y eso, no cabe duda de que la familia de hoy está en crisis, ni tampoco de que esa crisis vaya en aumento. Las estadísticas lo comprueban de sobra: los casos de violencia doméstica, de abuso contra los niños en el hogar, de abusos contra los ancianos, de divorcios, de deserción escolar, de criminalidad no ya sólo entre los jóvenes, sino ahora hasta en los niños, de abuso de drogas, son cada vez más frecuentes—al punto que ya hoy nada de eso es noticia, y el sufrimiento de los individuos y de las familias se vuelve sólo cuestión de estadísticas. La familia está en crisis; no lo dudemos. Y tampoco podemos dudar que esa crisis tiene importantes consecuencias para la vida y misión de la iglesia.

Pero antes de seguir adelante, conviene que nos detengamos a considerar qué es eso de la familia. En la escuela se nos enseñó, en cursos de cívica y de sociología, que la familia es el núcleo de toda sociedad. Y eso es cierto. Pero lo que frecuentemente olvidamos es que en

distintas sociedades el concepto mismo de familia varía. En la antigua sociedad romana, una familia era todo el conjunto de personas, libres y esclavas, parientes y no parientes que dependían legalmente de un mismo *paterfamilias*. Y, como veremos más adelante, un *paterfamilias* era algo muy diferente de lo que hoy llamamos un “padre de familia”. En varias antiguas sociedades nómadas, una familia era todo el conjunto de personas que se movía al mismo tiempo de un lugar a otro. En sociedades en las que se vivía de la caza, y era necesario tener un buen número de cazadores para poder darles muerte a grandes animales, o para hacerlos salir de sus guaridas, una familia era el grupo que cazaba junto y que luego compartía la carne que así adquiría. Por lo general, la mayoría de los miembros de tales grupos tenían lazos de parentesco—pero no siempre.

Si a mi abuelo alguien le hubiera preguntado, como se hace hoy, “¿Cuántos son en tu familia?”, no hubiera sabido cómo responder. Él vivía en parte de una finca que antes había pertenecido a su abuelo. Prácticamente todos los vecinos eran primos unos de otros. Para él su familia no eran solamente él, su esposa y sus tres hijos, sino también una multitud de límites imprecisos, en la que se incluían hermanas y hermanos, tíos y tías, primos hasta por lo menos el tercer nivel de consanguinidad, padrinos, compadres y comadres...

Hoy las cosas son distintas. Si en los antiguos pueblos cazadores la familia se definía en términos de la caza, hoy se define casi exclusivamente en términos de la casa. La Enciclopedia Británica, por ejemplo, distingue entre “family” y “kindred”—familia y parentesco. Para ella, una familia es

un grupo de parientes que comparten una misma vivienda. Quienes comparten una misma vivienda, pero no son parientes, no son familia. Pero tampoco lo son los parientes que no comparten la vivienda. Es así también que la Oficina del Censo define la familia. Esto es un método útil para el conteo; pero implica también que la familia se define de modos que la hacen inestable. Una madre, un padre y un hijo que viven en el hogar constituyen una familia. Pero si el hijo se casa y vive con su esposa en otra vivienda—por aquello de que “quien se casa, casa quiere”—ya no es parte de la familia de sus padres. Casi por definición, la familia se vuelve provisional, y se espera que las gentes pasen de una familia a otra en el transcurso de sus vidas. ¡Y luego nos sorprendemos de que la familia se haya vuelto inestable!

La realidad es que eso que el censo y la Enciclopedia Británica llaman “familia”—y lo que la mayoría de nosotros queremos decir cuando hablamos de la “familia”—es un fenómeno relativamente reciente. Es producto de dos fenómenos paralelos. El primero y principal de ellos es la revolución industrial, el segundo fue el supuesto descubrimiento y la consecuente conquista de América.

Veamos primero lo que sucedió con la revolución industrial. Antes de esa revolución, lo más común era que las gentes pasaran casi toda su vida en una pequeña región. Viajaban los soldados, los diplomáticos, los peregrinos y los fugitivos. Pero por lo general el resto de la población no se apartaba durante toda su vida más de unos pocos kilómetros del lugar de su nacimiento. El mudarse a otro sitio no era necesario, y hasta más bien contraproducente. Por

ejemplo, si alguien se apartaba lejos de su lugar de nacimiento, ¿quién se ocuparía de esa persona en su ancianidad? Si alguien se enfermaba y no podía cuidar de sus hijos, ¿quién lo haría? Lo que es más, la principal fuente de trabajo estaba en la agricultura, en el mismo terruño en que se nacía, y por tanto no había razón alguna para abandonarlo. Pero ahora, al llegar la revolución industrial, las cosas empezaron a cambiar. La creciente industria requería mano de obra; y requería que esa mano de obra se concentrara en aquellos lugares donde la industria fabricaba sus productos, o donde tenía sus fuentes de recursos y de materias primas. Ahora la ciudad era fuente de atracción. Allí había trabajo y dinero. Pero era imposible irse a la ciudad con todos los parientes, tíos y tías, primos hermanos, segundos y terceros, cuñadas y cuñados, abuelos, comadres, etc. Luego, la unidad que se iba a la ciudad era por lo general, o bien el obrero por sí solo, dejando al resto de la familia detrás, al menos temporalmente, o bien el obrero con su esposa e hijos, pero sin otros parientes. Como resultado, el concepto mismo de la familia como ese grupo extenso de parientes en diversos grados de consanguinidad se fue perdiendo, y se empezó a hablar de la familia como el núcleo comprendido por un matrimonio y su prole, y definido por una residencia común.

A todo esto contribuyó en gran medida el llamado descubrimiento y la conquista de América. En primer lugar, sin esa conquista el éxodo hacia las ciudades que tuvo lugar en Europa, y que era requisito para la revolución industrial, no hubiera podido tener lugar. Antes de la conquista, la principal fuente de alimentos en Europa era el trigo. Antes del advenimiento de los abonos, los pesticidas y el trigo híbrido, en una buena cosecha el trigo se producía a razón de cuatro por

uno. Es decir, que por cada grano sembrado se obtenían cuatro. Esto quería decir que había que reservar al menos la cuarta parte de la cosecha como semilla para el próximo año. Pero si la cosecha era mala, o sencillamente regular, había que conservar hasta la mitad de ella como semilla. Si había hambre, y era necesario comerse parte de la semilla para el año próximo, el proceso de producir y conservar suficiente semilla podía durar varios años. Como consecuencia de todo esto, no era posible sostener una gran población urbana, pues el campo producía poco en exceso de lo que consumía.

Pero vino entonces el llamado descubrimiento. Y lo que se descubrió no fueron solamente nuevas tierras, sino también nuevas cosechas. Dos de ellas en particular cambiaron la faz de Europa: la papa y el maíz. Con una sola papa de semilla se pueden obtener cinco o seis plantas. Y con cinco o seis plantas se pueden obtener varias docenas de papas. Con un solo grano de maíz se pueden producir dos o tres mazorcas; y cada mazorca tiene cientos de granos. Luego, la introducción de estas dos cosechas en Europa—particularmente de la papa—no sólo cambió la dieta europea, sino que también permitió un cambio radical en cuanto al número de personas que la tierra podría alimentar, dejando un exceso suficiente para alimentar a una creciente población urbana. La concentración de la población en la ciudad, requisito para la revolución industrial, no hubiera sido posible sin la papa y el maíz.

En segundo lugar, a la revolución industrial contribuyeron también el oro y la plata de América, que proveyeron el capital para esa revolución. España no se industrializó tan rápido como el

resto de Europa occidental precisamente porque tenía el oro proveniente de nuestras tierras, y podía fácilmente comprar lo que quisiera del resto de Europa. Así, el oro americano fue a dar a Holanda, Gran Bretaña y otros países, que lo utilizaron para capitalizar su naciente industria.

Y en tercer lugar, la conquista misma de América produjo movimientos demográficos sin precedentes. Sobre eso no hay que decir mucho. A estas tierras vinieron primero centenares de aventureros en busca de riquezas. Venían sin sus familias, y la mayoría de ellos nunca volvió, sino que se asentó acá. Eran gentes desarraigadas, no solo del suelo patrio, sino también de la familia. Cuando, más tarde, comenzaron a llegar familias procedentes de España, quienes llegaban eran familias nucleares—matrimonios con su prole—pero no las familias extensas que por siglos habían sido lo común en las viejas tierras. A estos inmigrantes voluntarios se sumaron los inmigrantes involuntarios traídos de África para servir como esclavos. Eran gentes desarraigadas de sus familias, no por voluntad propia, sino a la fuerza. Acá tampoco se les permitió formar familias extensas; y hasta repetidamente se violó la familia nuclear por conveniencia del amo, que podía deshacerla a su antojo.

El resultado de todo esto es que para la mayoría de la actual civilización occidental, producto de la revolución industrial y de la empresa colonial, la “familia” vino a definirse como ese núcleo que hoy entendemos como tal: un matrimonio y su prole, todos viviendo bajo el mismo techo.

Esa familia es la que han estudiado los sociólogos y los psicólogos modernos. Lo que es más, puesto que la psicología como ciencia se desarrolló después de la revolución industrial, la psicología tiende a dar por sentado que la familia nuclear, producto de esa revolución, es lo normal, cuando de hecho no es sino un fenómeno relativamente reciente. Cuando Freud, por ejemplo, discute los papeles masculino y femenino dentro de la familia, se refiere únicamente al padre y la madre, y no a los tíos y tías, abuelos y abuelas, compadres y comadres.

Todo esto es de suma importancia para entender la crisis de la familia a que nos enfrentamos hoy. Por lo general pensamos que la crisis está en la disolución de la familia nuclear, en lo que está aconteciendo dentro del hogar, bajo el techo común. Pero lo cierto es que esa crisis no es sino continuación de una crisis mucho mayor y de más largo alcance: la crisis de la familia extensa, producto de la revolución industrial y de la era colonial.

Esto me lleva a sugerir una tesis que posiblemente sorprenda a muchos y escandalice a algunos: la familia nuclear, cuya crisis hoy deploramos, es de por sí una unidad inestable, y la crisis de que hoy hablamos y que hoy nos preocupa no es sino la continuación de una crisis que comenzó hace siglos y de la que no nos percatamos a tiempo.

Tomemos por ejemplo lo que tiene que ver con la función de un padre o de una madre dentro de la familia nuclear, en contraste con la función de esa persona en la familia extensa. En la familia nuclear, se espera que el padre sea el modelo de la masculinidad para sus hijos e hijas y

que la madre cumpla una función paralela respecto a la feminidad. Pero lo cierto es que cuando las cosas se plantean de ese modo estamos invitando a los padres y las madres al fracaso, pues les estamos trazando metas prácticamente imposibles de alcanzar. En consecuencia, los padres y madres se sienten incompetentes, fracasados y sobrecargados, mientras los hijos e hijas les culpan por no ser lo que debieran ser.

Contrastemos eso con lo que sucede en la familia extensa. En tal familia, como en la familia nuclear, es muy posible que mi padre sea una magnífica persona, trabajadora y responsable, que me ame y me cuide; pero la diferencia está en que en aquello en lo que mi padre no pueda servirme de modelo o de apoyo, mi tío o mi primo lo harán. Si mi padre es serio y trabajador, pero no tiene sentido del humor o le falta imaginación, mi tío, quien posiblemente no sea tan responsable como mi padre, suplirá esa falta. Y para mi primo, el hijo de ese tío, si su padre es imaginativo y afable, pero no siempre responsable, mi padre servirá como modelo de responsabilidad y como fuente de seguridad. Y todo esto resultará en beneficio, no solamente mío y de mi primo, sino también de mi padre y de mi tío, quienes se sentirán libres de la responsabilidad onerosa y frustrante de ser perfectos modelos para mi primo y para mí.

Es importante que entendamos esto, pues parte de la crisis de la familia hoy se debe precisamente a que no lo entendemos. Pensamos que la familia nuclear ha de bastarse a sí misma; que puede subsistir por sí sola. Por eso hay padres y madres que no permiten que otra persona alguna les llame la atención a sus hijos sobre algo que estén haciendo mal. ¡El criarles

como es debido es responsabilidad de ellos dos, y que nadie se entremeta en sus vidas o las de sus hijos! Por eso también hay padres y madres que llegan a tal nivel de frustración que se dejan llevar por la violencia, o que sencillamente abandonan a sus familias.

Repito—y este es el primer punto importante que quiero recalcar—la llamada crisis de la familia de hoy no es sino la continuación de una crisis que comenzó hace siglos, y que dio por resultado lo que hoy llamamos familia. Y—el segundo punto que quiero recalcar—esto quiere decir que la familia nuclear, cuya crisis hoy lamentamos, lleva en sí misma el germen de su propio fracaso y de esa misma crisis que lamentamos.

(Quizá convenga aquí hacer un paréntesis, y decir unas pocas palabras sobre la crisis de la familia en Puerto Rico. Serán unas poquísimas palabras, pues hay aquí quien sabe mucho más que yo al respecto. Pero sí quisiera señalar que la historia que he resumido en unas pocas palabras se ha recrudecido en Puerto Rico en las últimas décadas. La revolución industrial no llegó acá sino el siglo pasado. Ya para esa fecha se había establecido acá la tradición de la familia extensa. En cualquier zona rural de Puerto Rico, había vínculos de parentesco semejantes a los que existían en Europa antes de la revolución industrial. Entonces vino el “desarrollo” económico. Comenzó el éxodo, no sólo hacia los centros industriales, sino también hacia los Estados Unidos. En este último éxodo, como en la primera conquista de América, fueron muchos los hombres y jóvenes que se fueron solos, algunos dejando a sus familias nucleares, y todos dejando a sus familias extensas. El papel que antes cumplieron en Europa la

papa y el trigo lo cumplieron ahora en Puerto Rico los alimentos importados. El campo se fue despoblando; y con ese despoblamiento vino también la disolución de la familia extensa. Los medios de comunicación en masa, procedentes principalmente de los Estados Unidos, trajeron acá la misma ilusión respecto a la familia nuclear que prevalecía en aquel país. Y en todo ese proceso, sin que apenas nos diésemos cuenta de ello, la vieja familia extensa se iba disolviendo, y nos quedamos con la familia nuclear; y con una familia nuclear en crisis.)

Ahora bien, ¿qué puede hacer la iglesia respecto a todo esto? A mi entender, la iglesia ha de seguir dos estrategias paralelas. La primera de esas estrategias nos es bien conocida, y es la que estamos practicando constantemente. No es una estrategia equivocada; pero sí es una estrategia insuficiente. Me refiero a la estrategia de proteger la familia nuclear, tal como existe entre nosotros y tal como la historia nos la ha legado. Esta estrategia tiene muchos elementos, y varios de ellos se van a discutir en los talleres de esta tarde. Incluye la consejería matrimonial y de familia. Incluye programas para los niños, para la juventud, para los ancianos, para las mujeres y para los hombres. Incluye consejería y apoyo para enfrentarse a lo que en buen castellano llamamos “estrés” —cuyo nombre mismo indica que tiene mucho que ver con influencias y circunstancias recientes. Incluye la predicación y enseñanza acerca del respeto mutuo, de los valores de la familia, etc. Incluye la acción contra la violencia doméstica, contra el alcoholismo y contra la adicción a drogas.

Todo esto es importante, pues ayuda a las personas a vivir una vida más plena y feliz en medio de circunstancias difíciles y frustrantes. Pero, si las tesis que acabo de exponer son ciertas, acerca de la familia nuclear como parte de un proceso de desintegración de la familia que comenzó siglos ha, entonces esa estrategia ha de ir acompañada de otra más difícil, pero de mayor alcance. Dicho en una palabra, la misión de la iglesia en medio de esta crisis de siglos ha de ir al centro del problema, que no es solamente la disolución de la familia nuclear, sino también, y en su raíz misma, la disolución de la familia extensa.³

Y aquí llegamos a los aspectos bíblicos y teológicos del tema que nos ocupa. Una de las imágenes que se usan en el Nuevo Testamento para referirse a la iglesia es precisamente ésta de “la familia de Dios”. Esta frase aparece en Efesios 2.19, donde leemos: “ya no sois extranjeros” ni acuerdo, el asunto sólo podía ir a los tribunales presentado, no por la mujer, sino por el padre de su familia. Si se le concedía el divorcio, lo más que la mujer podía obtener era la devolución de lo que quedara de su dote y el derecho a casarse de nuevo; pero jamás la custodia sobre sus hijos, ni siquiera el derecho a visitarles.

Por último, el tercer pareo es el de los amos y los esclavos. Sobre esto no hay que decir mucho, porque todos hemos escuchado o leído acerca de los abusos y las atrocidades de la esclavitud. En el derecho romano, esto llegaba al punto en que, si un esclavo mataba al amo, todos los esclavos de la misma familia—aunque hubieran estado trabajando en una finca en algún lugar distante, debían ser condenados a muerte.

Si ahora volvemos al texto, vemos que lo que Efesios y el pasaje paralelo en Colosenses están diciendo es que en Cristo hay una nueva familia extensa, y que esa familia ha de sobrepasar las injusticias que la sociedad y la ley justifican. En el caso de los amos y los esclavos, el texto lo dice claramente. Ciertamente, los esclavos han de obedecer a sus amos terrenales. Eso era de esperarse. Pero entonces el texto dice algo radicalmente nuevo: “vosotros, amos, haced con ellos lo mismo”. Y la razón de ello es que todos somos esclavos o siervos de un amo mayor que cualquier amo. El texto lo dice así: “sabiendo que el Señor [es decir, el amo] de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas”. En otras palabras, todos—amos y siervos—como siervos del Señor y amo de todo y de todos.

Lo mismo es cierto en el caso de los hijos y de los padres. Toda la epístola a los Efesios subraya el carácter de Dios como Padre. Siete veces antes de llegar a este pasaje la epístola se refiere a Dios como Padre. Esto no quiere decir sólo que Dios nos ama, sino también que Dios es el *paterfamilias* de esta nueva familia que es la iglesia. Efesios 4.6 lo dice tajantemente: “un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”. Al principio me refería a Efesios 2.19, donde leemos: “ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios”. El ser miembro de esa nueva familia es tener un nuevo *paterfamilias*. y si tal es el caso hasta el más encumbrado y poderoso *paterfamilias* no es sino un hijo más. Porque en Dios “no hay acepción de personas” (Ef 6.9).¹¹

Y, ¿qué decir de las esposas y sus maridos? Con mucha frecuencia al leer este pasaje no le prestamos atención más que a lo que se dice sobre la casadas y su sujeción al marido. Pero el pasaje dice mucho más que eso. El pasaje dice que todos los creyentes son parte de la iglesia, son parte de la esposa de Cristo. El punto principal no es que Juana tenga que someterse a Juan porque es su marido, sino que tanto Juan como Juana tienen marido; que tanto Juan como Juana son parte de la esposa; que tanto Juan como Juana han de someterse al marido de la iglesia; que todas somos parte de la esposa de Cristo; que en cierto modo aquel bautismo a que me refería antes como el nacimiento a una nueva familia es también un matrimonio que nos hace a todos esposa de Cristo.

Es por esto que el pasaje todo se introduce con las palabras radicalmente revolucionarias para la vida familiar de aquellos tiempos y para toda vida familiar y social: “Someteos unos a otros [es decir, un sometimiento recíproco] en el temor de Dios” (Ef 5.21). Es por esto que también el pasaje paralelo en Colosenses, antes de referirse a los siervos y los amos, dice que en Cristo “no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos” (Col. 3.11).

En medio de esta sociedad en que la familia extendida va desapareciendo, y en la que la familia nuclear apenas si puede subsistir, el mensaje del Evangelio no es sencillamente de apoyo a esas instituciones sociales tan importantes, sino que es más que eso: es el mensaje de una nueva realidad, de una nueva familia; de una familia heredera del dueño y Rey, del Padre, Esposo y

Señor de todo cuanto hay.

Y, como dice Efesios, “que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia” (Ef 1.17-18).

